

Andrade Calderón, M. C. y Muñoz Dagua, C. (2016).

Yo tengo la palabra. La oralidad en el habla universitaria. Bogotá, D.C., Colombia, Sello Editorial Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

*La sociedad humana se formó primero
con la ayuda del lenguaje oral [...]*

Walter Jackson Ong

La autora

Estudios de Doctorado en Comunicación en la Universidad de La Plata Argentina. Magíster en Lingüística Española del Instituto Caro y Cuervo (Colombia); Licenciada en Letras de la Udelar (Uruguay). Realizó cursos de verano del Departamento de Lingüística de la Universidad Estadual de Campinas (SP-Brasil). Profesora de Literatura y Semiótica en el Programa de Comunicación Social-Periodismo, FCC, Uniminuto; docente ocasional del Programa de Tecnología en Asistencia

María Cristina Asqueta Corbellini

Gerencial; además, trabaja en el Centro de Escritura Telar, de Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

masqueta@unicolmayor.edu.co.

Esta reseña celebra la publicación del libro *Yo tengo la palabra* (2016), de las docentes de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Martha Cecilia Andrade Calderón y Clarena Muñoz Dagua, debido una serie de razones de las cuales se hace referencia a continuación.

A priori, se destaca la juiciosa elaboración de un documento, producto de investigación, que se ocupa de un tema, algunas veces olvidado pero fundamental en la vida y la cultura de los seres humanos: la oralidad.

Aquí, a la vez, se consideran los cinco capítulos con los cuales las autoras desarrollan su investigación sobre la oralidad; en este caso ubicada en su espacio universitario, Unicolmayor. Sin embargo, la delimitación metodológica

María Cristina Asqueta Corbellini

no restringe el tema el cual se aborda de manera sincrónica pero el cual se complementa desde la perspectiva diacrónica, al validar la propuesta en torno a la construcción del nuevo orador, que emerge del aula de la educación superior. Posiblemente, Cicerón se sentiría complacido con este reto, formulado en un contexto contemporáneo.

Ahora, se indican y se destacan los fundamentos pedagógicos que orientan la reflexión en torno a la oralidad, a veces ignorada por la academia que la mantiene como costura en sus pensum. Sin embargo, la expresión oral sustenta la cotidianidad de las personas necesitadas de comunicación así como soporta los discursos, de las disciplinas y del desempeño profesional. Por tanto, la propuesta de Andrade y Muñoz se sustenta con la experiencia docente, acompañada por la investigación de los problemas que afectan a la enseñanza del lenguaje; así, ellas retroalimentan la pedagogía en beneficio de la población estudiantil.

A continuación, resulta pertinente destacar la apropiación del contexto por parte del estudio. La lectura del libro se hace amena debido a la inclusión de imágenes que presentan la vida en la universidad investigada, Uicolmayor, en la cual destaca la voz y la presencia de los estudiantes, quienes constituyen el objeto primordial de la labor docente. La universidad no se concibe sin esas voces, sin su oralidad renovadora y ávida de aprendizajes.

Así que, la consideración de la oralidad, en la universidad, exige hacer mención, a la vez, de la escritura; la cual constituye el reto, en el día a día de la actividad enseñanza-aprendizaje. La escritura, como dijo W. Ong, mejora el potencial del lenguaje, al estructurar, organizar, pensar cómo decir, cómo actuar con las palabras; entonces, el discurso se hace posible mediante la argumentación.

En consecuencia, las autoras logran organizar su escrito de manera coherente con los contenidos tratados. La destreza alcanzada en la redacción

María Cristina Asqueta Corbellini

del texto hace que la lectura fluya con naturalidad, dando cauce a la concreción de las ideas expuestas y puestas en escena, término de Erving Goffman, teórico citado en *Yo tengo la palabra* al presentar al aula como escenario, en el cual ocurre la realización de la persona, el estudiante en proceso de construcción de todas sus posibilidades de realización integral de un proyecto de vida, apoyado por una enseñanza debidamente cualificada. De manera que, el escenario proyecta la praxis educativa al facilitar la actuación del educando.

Además, las palabras son didácticas ya que hacen posible la labor docencia-aprendizaje y, también, la apropiación de ese hacer mediante la elaboración de documentos que la relacionen de manera coherente. En síntesis, resulta imposible leer *Yo tengo la palabra* sin pensar en R. Barthes en sus reflexiones sobre la retórica antigua, dado que él construye su ensayo, sobre esta disciplina del lenguaje, siguiendo el paso a paso de la *dispositio*

Por otra parte, el conocimiento como objeto de la formación universitaria se sustenta con la palabra. Dice el libro que *la palabra oral permea de forma directa e indirecta, consciente o inconsciente, a todos los usuarios de una lengua*, con el agregado que mediante la palabra se construye, también, el conocimiento dado que los seres humanos dependen de él para poder (inter)actuar en la vida.

Igualmente, resulta pertinente señalar la conciencia que guía a las investigadoras acerca de la naturaleza de su labor. Al fortalecer la palabra en el aula se trata de crear mecanismos poderosos para la superación personal y la inclusión social, dado que por lo general cuando los estudiantes llegan a la universidad, con frecuencia, hallan obstáculos para la comunicación debido a su timidez e inseguridad al hacer uso de la palabra. Al ser retraídos en la comunicación, se exponen fácilmente a la exclusión.

De manera que, al concebir al orador futuro se superan las barreras de

María Cristina Asqueta Corbellini

la imposibilidad de ser y de manifestarse en la vida social. Para eso, el libro se fortalece con su propuesta didáctica poniendo al taller en la escena educativa; el taller no se concibe sino como un hacer en grupo, conformado entre el docente y los estudiantes, donde todos hacen y aportan al bien común, en la universidad y fuera de ella.

Por tanto, se concuerda con el espíritu de *Yo tengo la palabra*, donde se enseña que hablar no consiste en solo emitir palabras o sonidos sino en la capacidad de apropiar los contenidos, así como expresar las emociones, con la organización de pensamientos e ideas para escenificarlos en la comunicación. En consecuencia, dada la complejidad del ser humano el lenguaje asume esa característica y presenta un reto para aquellos que se internan en el problema de la acción lingüística en contextos que, como el contemporáneo parecen aún más desafiantes debido a la alta incidencia tecnológica, así como los cambios que los avances científicos representan para quienes deben permanecer alertas y buscar respuestas,

que orienten las necesarias actualizaciones del ámbito académico e investigativo.

Bienvenido, entonces, *Yo tengo la palabra* como proyecto novedoso que arroja luces en el problema del lenguaje, representado por la oralidad. Y, también, bienvenido, el novel orador.